

FRAGMENTOS

JENS BÜCHER

Fragmentos
Jens Bücher
1983
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 79740
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Und da umarmt sie ihn, weinend.

Y ahí ella lo abraza, llorando.

R.M.Rilke

Es un paisaje. Una vista hermosa
sobre el verde titilante de arbusto y árbol,
sobre la distancia de colina y montaña,
sobre el aire del valle.

A los animales, a los muchos,
apenas les es dado
tiritar
entre nacimiento y muerte
y, a veces, un volar calmado
o un dormirse feliz sobre rama o hierba,
a veces :
- apenas -
ágiles, rápidos,
el bello juego del vivir.

Pero a nosotros, plegados dobléz y dobléz,
se nos dio un más, un mucho más,
un más disparado hacia un quizás aún,
quizás que nos observa e intenta.

Así es como el movimiento cazable
ya para muchos nos es gracia, constancia,
estímulo para una otra área de la existencia
- ésta abierta y generosa -
inicio y compañía en el devenir
que hace y hace todo posible -
este primer dobléz que de a ratos nos pone
como sujeto junto a la vida
y por delante del verbo exquisito.

(Cómo no habría de caer - llorando, llorando -
ese primero que sembró y ahora recoge,
llenas las manos y el corazón embriagado.)

Tiritan y repiten lo heredado,
luz fugaz de un flujo incontable,
y, yéndose, son, apenas iniciados.

Pero nosotros. Nosotros.
Los espacios infinitos. Los universos del sentir.
Y es tan maravillosa
esta desdoblada, gigante posibilidad,
que a muchos asusta y entumece

y no perciben más.

El borde humano entre torrente y piedra,
el que no encuentran,
y que a los otros nos dobla
en asombro y entrega: *cómo* nos inicia.

Este ir ancho y lento, íntimo, transparente,
como tomados de la mano.

Es la confianza
en el umbral saliente de un otro doblez,
la confianza,
novia fértil hacia la realización
de las intuidas ya y sumadas herencias,
herencias nuestras, nuestras también,
novia osada, amada, bella.

Lo que en ellos es vista, luz, anhelo inmediato,
obediencia a un hacer sin dudas,
en nosotros es -
distancia, tolerancia, o de vuelta :
paz, madurez.

Pues en los pliegues
que desarrolla nuestra aventurada raza
germina el ángulo maravilloso
en que se abre mundo y experiencia.

Doble en doblez perdemos afuera.
Lo inmediato,
esa añoranza en miles de cuentos,
es de aquéllos sólo
cuando van de urgencia en urgencia
y no suspiran -
eso perdido ahora en un antaño dudoso
o hacia adelante en espejos y trucos.

Nosotros sin afuera.
Despojados de esta relación, desnudos,
alcanzamos apenas al aire
en torno a piel y sentir :
pues ya no hay afuera.

Afuera de afuera.

Somos la puerta del adentro,
somos despertar, osadía y mañana,
somos el inicio del otro universo,

sus tímidas salidas,
su intentada experiencia.

De doblez en doblez nace el orden,
la armonía que se emite desde la paz,
desde nuestra paz,
desde nuestra doble paz.

Y ahora son nuestros, nacidos de aquí,
esos apurados, esos apenas esbozados,
cruzando bosque, pradera o aire -
y ya no están.

Y nosotros mismos
ya casi del todo nacidos igual,
de momento en momento, madurez en madurez,
las manos cruzadas y blandas.

Valle, árbol, colina y distancia,
transparentes en el campo visual
de nuestro sentir,

paisaje bello a los ojos
de este cálido intento -

pero más que paisaje,
tierra, tierra - tierra verdad.

II

A unos toma por el pecho la vida,
a otros arranca corazón, oído o piel,
violenta, hace y nos bota
- y los felices, agradados,
dime, los sobrevivientes,
si no tiemblan -
grande y segura que va, sin cuestionar,
muda, obedeciéndose, obedeciéndose a sí misma,
a su probada, suficiente seguridad,
así como jugó, antaño, de novedad en novedad:
nos toma y arroja
y en otros, los siguientes,
nos repite, violenta y segura.

Es cierto, nos cansa.
No puedes a diario perder
el iniciado, confiado camino,
y estar, de nuevo, alegre y despierto,
perdiéndolo todo.
Nos cansa, nos alejamos.
De bien en bien. De idea en idea.
Monumentos y altares,
toda la arquitectura de héroes próximos,
los regimientos de mentiras
y - aniquilando - la salvación para siempre.

Nos dobla y exprime, nos tira arriba o se olvida
y tú, ordena.
Qué había afuera, qué te protege -
un florero, un pasto, un animal tierno y solitario,
y de noche estrellas queridas en su lento ser,
que veas todo de nuevo y lo percibas -

en lágrimas, de convulsión en convulsión,
restos humanos de su obstinado ir,
generación en generación, vamos, somos, y ya.

Somos su expresión.

Pero más tarde, sobreviviendo:
nosotros también, cómo queremos ser,
cómo queremos expresar ahora lo nuestro,
ir y marcar greda y costumbre,
salir, permitir y decir.

Decirnos a nosotros, después de toda violencia,
decir lo nuestro, ahora, desde aquí,
si ya no perdimos verdad ni mentira.

Decir la pertenencia, sutil y transparente,
cómo se evade al acercarnos a ella.
Sus vueltas sorprendivas mitigando desolación y pena,
despertando esperanza, o ahí, apenas presente -
decirla, desde lo nuestro.

Decir lo útil, eso que va sin lo de afuera
y nos realiza antes que sepamos.

Decir lo sabio.
Lo no previsto pero que, tentando y atentos, hacemos.
Cayendo, cayendo casi, como hoja del árbol,
y nos sorprendemos, yacentes.

Y las lágrimas, cortas, cálidas, decirlas,
de música en música, de sonrisa en sonrisa,
ahora ligeras, cuando nos toma el fluir
de agua o viento y somos livianos:
llorando, humanos, de vuelta.

Nuestras casas, cómo no querer mostrarlas :
aquí vivimos, esto es lugar, partida,
el hogar de nuestro corazón,
la ventana al sol de la tarde,
el jardín de hierbas,
y esto, lo de los niños - mira.

Decir y confiar.

Un cariño humano,
que también de nosotros
se tiña un poco el universo,
el interno,
y afuera, el otro, si vale,
también.

III

Si pudiésemos, como los niños, traer nuestros regalos
y ponerlos ahí sobre mesas y sillas
para sorpresa de todos. Fuimos nosotros. Vean.
Todo esto lo hicimos nosotros, sin ayuda.

De sorpresa en sorpresa irían,
de admiración en admiración,
y a veces se acercarían
con cariño, con ternura.
Sí.

No.
Desde antes era error.
Desde antaño, en la infancia,
la dirección del bien, el sentido, el peso.
Y después, también, fue error todo.
Montañas de buena voluntad,
montañas de abnegación, todo mal,
la cordillera entera
de al final ya ciega aplicación,
para nada, mal, todo mal - .

De nuevo, si quieres, si puedes,
si tienes tiempo.

Somos nosotros entonces
quienes vamos de sorpresa en sorpresa,
nosotros, al otro lado de nosotros mismos,
sorprendidos, sorprendidos y mudos.

Amamos silencios. Vamos junto al aire.
Retirados y quedos cruzamos una avenida
o, anocheciendo, vemos hacia lo lejos.

O junto al mar
dejamos ir las olas a la playa.

Sí. Somos nosotros,
los niños incontables que hicimos todo mal.
Ahora grandes.

Pero al fin
caiga, se derrame, llueva tolerancia
sobre nuestras cabezas descubiertas,
caigan aguaceros de distancia, de frío,
de libre, liberada voluntad
sobre nuestros corazones aún palpitantes,
vayan los vientos y vuelen todo lo aprendido,
juntén, desparrámen, dejen ser las cosas
vecinas nuevas a sí mismas,
y muestren, vientos terribles,
sobre el brillo de cantos y superficies,
el iniciado, intuido asomo
de la sonrisa juvenil.

Quién recupera, qué va.
Pero hacia adelante, claro,
todo el cóncavo futuro esperándonos,
esperando que seamos, nosotros, nosotros,
ahora, sin tiempo, sin relación,
un poco nosotros.

Y viniese la creación entera
a nuestra presencia
y pusiese sus dones sobre alguna cosa nuestra,
que los veamos bien y no perdamos detalle.

Mira, una limpieza.
Sin envoltura,

apurada que la trajeron, que no falte.
Una limpieza del corazón, cristalina,
como recodo de helechos y rocío.

Un estímulo.
Ahí brillante, atento, vivaz,
que interrumpas tu vida y lo enfrentes,
ingenuo, temblando.

Un cansancio, blando y pesado,
que descanses, cuando quieras, dulcemente.

Una inclinación, lenta, muy lenta,
dejándote llevar, apenas queriendo,
que más tarde todo sea.

Un despertar, mira, una carrera, un mover,
un mecer, un salto, un ver, cosas infinitas,
un oír, un oír maravilloso,
y te tomase - sorpresa en sorpresa -
la emoción, y amases tu vida,
así como se inicia:

quizás si tú mismo ahora la premias
con algún don, uno de los tuyos,
de los ahora aprendidos, una alegría,
y se la mostrases, feliz,
el adulto a la niña.

V

Cantar,
claro, cómo no querer, cómo no ansiar
en este pecho pleno de madurez
sostener el grito humano hacia las estrellas,
mantener la vibración de la sangre
en contra de los vientos,
en contra del devenir y por encima,
hacia adelante, del tiempo,
como noticia que nosotros, acá,
fuimos.

Cantar el andar seguro
cuando vas a un encuentro y no lo sabes,
seguro sobre las caderas,

y se cimbra la tierra junto a la imagen flexible.

Cantar los anhelos
cuando rompen el espacio del alma sufriente
y eres una cuerda tensada a tu tono.

Cantar las dulzuras de la vida,
las innumerables, las incontables,
las dulzuras de la piel abarcando aire y sangre,
en la garganta anudadas, blandas en mejilla y oído
y hasta en la sal del llanto incontenible,
dulces, dulces, dulces.

Cantarle al universo la noticia de nuestra tierra,
de esta amplia y abierta, del agua, de los frutos,
de la sangre animal que va en torno a laringe y pulmón,
y de algo propio nuestro, de algún orgullo vital
que nos impulsa con alegría
hacia nuevos giros del aprender exquisito,
cantar ya sea una sola vez un solo grito
desde lo profundo de la pelvis
y mantener el tono ya sea sólo un momento:
gritar - para siempre - tierra.

Pero perdimos la voz.
De error en error,
de vergüenza en vergüenza intimidamos la postura,
la postura generosa que permitía el tono fácil,
la postura del decir gracioso, del decir veraz.

Nos hemos condenado a la culpa, al mutismo,
hemos encerrado corazón y libertad
y ya apenas aspiramos bocanadas pocas de aire
para nuestra sangre necesitada.

Tal vez no alcancemos, es cierto.
Pero tardanza es parte sólo del entero.
Recogidos y serios retomaremos la corriente lejana,
la corriente casi perdida,
allá, en los orígenes del vivir,
como convalecientes,
que tal vez se nos dé un vibrar aún,
un susurro sentido,
una M larga desde labios cerrados,
una M que relate la cadencia
de nuestro largo camino aquí,
aquí sobre esta tierra nuestra.

Somos una raza de extraños animales,
así como vamos de peligro y violencia
en fiereza y escape,
oscuros,
abandonando gruta o piedra,
húmeda oscuridad, humo y sombra,
oscuros,
hacia un bosque de acecho,
hacia un valle de sorpresa,
astutos, sagaces,
cada mano es hacha, combo, lazo,
pero en los ojos va el sobrevivir.

Somos una raza de hombres oscuros,
caídas las cejas, la cabeza, el cuello, caminando,
inquietud, incertidumbre, silencio en los labios.

Queremos durar. Hacemos cosas y cosas
que una, o todas, nos permitan durar.
Nosotros, quienes haciendo perdemos el momento veraz.
Anhelamos ganar. Cruzamos caminos
y de noche, apartando a los niños, lo pensamos todo.
Queremos aliviar, restituir, vivir.

O uno que se pierde
y encuentra vertiente, atajo o verdad,
y asombrado, dudando aún,
se devuelve a decir.
Un anciano - a veces - que perdona y sabe.
Un niño que acierta y alguien lo observa
y descubre herramienta, eje o emblema.

Pero en la garganta va el anhelo de paz,
apretado, apenas permitido, ahogando triunfo y gloria,
la gran nostalgia de esta oscura raza,
el nudo en la tarde o temprano, amaneciendo:

que seamos la otra imagen,
la hermanable, la sensible,
junto a fiera, temblor o hermano,
confiados, conformes, felices,

y crucemos valle y tiempo en paz,
nosotros,
la oscura raza de hombros caídos.

VI

O que sepamos amar la indiferencia,
nos nazca quietud y equilibrio
en el corazón aún agitado, aún lentamente llegando -
nos inmovilice un desinterés,
una plenitud autocontenida, un vacío -
botado el cuerpo en un mar de aire satisfecho:

y veamos.

Porque más nos parece el logro conquistado,
la tarea por resolver, el ir heroico
al encuentro de acechanza, dificultad y astucia,
el mostrar maestría y vigor
como si fueran, de hecho, nuestros,
más el cargar las espaldas con alguna verdad
de fácil compraventa que nos destruya o redima
- es ella, es ella, no yo -
que aceptar una vida sin comercio, sin eje ni giro
ni fuerza tampoco que a nosotros mengua.

Porque es fácil decirse soy víctima, no puedo,
o que en las estrellas se consteló la razón
de mi felicidad cuestionada.

O en las noches -
cuando por dentro crece la nostalgia infinita,
derrumba idea y pared y ya nos aplasta -
decir me necesitan, voy,
estoy por llegar, servir, salvar -
cuando un mensaje es casi ya expresión
volcar vista y acción a orden y costumbre
y aceptar un destino de otros y nadie.

Más el ordenar un afuera, más y más urgente
nos parece prevenir y controlar el derrumbe,
el derrumbe inevitable, que, en serio, evitarlo
para siempre.

Y cayese un velo de dulzura

sobre esos ojos primeros
que ahora son sentido, transporte y verdad,
el logro por fin de una naturaleza insistente
y sin medida de paciencia.

Fluyesen lágrimas felices sobre una cara triunfante
y se mezclasen osadía y tolerancia
frente a esta tarea resuelta
casi como por suerte.

Nos afirmase paso tras paso,
experiencia tras experiencia,
el sabor de esta vida entregada,
así como va de solución en solución
y todo es.

Y nos dejemos confiar
en la vuelta allá en el fondo,
donde oscuridad e indiferencia
se concentran a un naranja incipiente,
brillante y vivaz,
naranja que inicia, hacia acá,
su camino de verdad.

VII

Traje unas piedras de la montaña
y aquí en el jardín quedaron bajo sombra y lluvia.
Una entré, mojada y fría,
y pesándola en mi mano vi mi vida reflejarse
desde su superficie brillante, dura y llena de aristas.

Mi vida blanda, carnosa,
etérea casi entre contenido y error,
así como va al lado de la muda maduración
que nos avanza hacia edad y fin.

Rugosa e hiriente se sentía en la palma izquierda,
en los dedos que avanzaban en el sentido
de su figura inconsciente, cortante, fuerte,
real y toda sin voluntad en su impresionante estar así.

Pero yo soy menos, me dije,
así como examinaba los días de mi hacer,
de este que se acerca dudoso a las cosas

y todo lo ve antes de posarse, de apoyarse,
antes de ser lo que es.

Piedra y alma tomadas de la mano.

Somos cruce, somos encuentro,
el encuentro que se sobrepasa después del giro unido,
hacia afuera, lo lejos, como para nunca más,
hacia un infinito del corazón -
somos ahora llegada y partida,
piedra y alma,
la riqueza del llegar, del acercarse,
las ansias de ser el opuesto,
la entrega encantada, trueque, cambio y mutación,
felicidad compenetrada,
y apenas percibido, ya el inicio
de la curva maravillosa por detrás casi
y trazada con limpieza indescriptible,
curva osada, libertad de libertad, vuelo del vivir.

Somos piel y arista, frío y calidez,
la imagen entera
puesta aquí - en medio - aquí,
que ella sea y se exprese
completamente.

VIII

Como un inicio está el día,
luz y brillo juegan sobre las aristas de las cosas,
estas vivenciables, el aire va por los espacios
y la piel emite la dulce impaciencia del candor.

Te evades o enfrentas.

Confías tu corazón al estímulo desconocido,
- al aroma, al conocerse, al fluir -
y atento, sereno vas al encuentro.

Que otros interpreten y tengan ideas,
o, destruyendo,
se realicen en vendavales de dominio y acción.

Tus manos empero van suaves y tiernas
a que en ellas reposen pasto o insecto,

se sostienen claras y cálidas
en el centro del mundo y - siendo -
despiertan su alrededor y acompañan.

Es otra la fuerza,
la que no conocen, la que los asusta,
menos visible de mutación en mutación,
pero hace, y cuando pierde
engolfa y se renueva, menos visible aún.

Y tus ojos, más blandos, admiran y quieren,
van de cosa en cosa felices,
festejando la reunión amistosa,
o se cierran dulcemente sabiendo cauce y agua.

O caminando
te sorprendes del suelo áspero y fresco,
del peso de la tierra, de la tierra misma,
de su majestuosa presencia por debajo de ti,
y el lento ondular de tu ir contagia y mueve.

Como si nada valiese, aquí, lo desconocido,
como si fuese un mal, un error el encarar y ser,
o que sólo de niños sea el aprender,
al margen de gloria y triunfo, los pobres.

Escuchando,
alcanzando lejos con viento y noticia,
atento, maravillado, incrédulo.

Como si fuese menos,
menos que sus piruetas interminables y viejas,
el ir de esta profundidad sutil y fecunda,
esta marea de vida, esta marea de universo,
ellos, los rezagados, enclenques, tosiendo.

O que la generosidad te sobrevenga
y dones lo tuyo, todo lo tuyo,
porque no haya nada que no hayas donado,
tú, libre y feliz,
y mires a la cara, a la otra,
y ninguno baje la vista.

Y el inicio del día es -
y el del corazón,
y el del andar sobre esta superficie
amplia y bella.

Queremos ser libres.
Volar por el espacio
profundo y amplio del alma nuestra,
hacia arriba, hacia abajo,
cruzar las distancias en curvas perfectas,
trazar el paso como pureza y felicidad
y volver a lo conocido
- para confirmación, para seguridad -
antes de soltarnos otra vez
hacia nuevos ámbitos de la eterna infinidad,
gustosos, osados, rebalsando un alegre asombro
al entorno seguro y veraz.

Somos así.
Pero antes - antes - por qué no esto,
qué cuesta, esto y esto, qué tanto demoramos...
Y ya.

O la curva lograda - por fin -
es práctica, después de todo,
y acá la usamos, sirve, adorna, mira -
queremos creer así la existencia,
pues es válido, ¿no?,
en los niños antes que nada,
o también en nosotros...

Y ya desvanecemos esta otra generación.
Osadía y confianza al suelo, y
puestas de peldaño para la siguiente,
la nueva, la infantil,
que a nosotros ya nos tragó cobardía y aprehensión,
de a pedazos, pedazos repetidos, acostumbrados,
anhelados al fin.

Oleadas de niños contra la playa del temor,
- nuevas, bellas, incontables -
a ver si se desgasta,
si cambia el paisaje, este nuestro,
y alguien cualquiera reconoce la diferencia
y da la seña.
Sobre un promontorio nuevo,
o desde la pequeña, formada ensenada, ahí,
la ocurrencia ligera, brillante -
y empujen entusiasmo y fuerza acciones felices.

De poco en poco abarcamos más.
Pocos distanciados, casi perdidos, desligados,
que apenas la inteligencia los lee.

Apenas perceptibles.
Es lenta la maduración que permite la naturaleza,
lenta y llena de paciencia, nos desconcierta.

Pero vivimos.
Podríamos ser a nosotros mismos incomprensibles,
así como a veces volamos trozos de curva,
un pedazo suelto, un trozo quebrado en el espacio,
sin relación -
a este lado arranchamos nuestras costumbres
en ceguera y mentira -

y cabe todo esto en nosotros, lado a lado,
convive - cómo lo hacemos,
cómo lo mantenemos unido y no estallamos,
nosotros, ingenuos como vamos
de cobardía a desvergüenza, conformes.

Somos así.
Pero a veces logra uno de nosotros
allá un giro más amplio,
un vuelo extenso y gracioso,
y le felicitamos -

nosotros, felices.

X

Relatamos lo nuestro.
Alguien toma lápiz y escribe, otro dibuja,
alguna muchacha baila, teje,
o canta las melodías de su vida.

Decimos. Mostramos. No pude eso.
Esto me vale. Aquí soy incapaz. Esto me conmueve.
Si, anhelo aquello.
Caída y error, flaquezas
expuestas como cuadros de una exposición,
cobardía y vivencia,
tragedia entera del destino humano,
lo propio, lo querido - íntimamente -
sabido o no, pero mostrado y dicho.

Lo defendemos. Todo.
Como inocentes levantamos murallas

y cavamos fundamentos para una seguridad imaginada.
Atrincherados contra novedad y cambio,
rumiando lo conocido, contamos
este soy, entre blanco y negro,
tal vez aún querible.

Pero nos tomase - a veces, al azar -
el aire de lo libre, aromas de osadía,
el instinto por lo nuevo,
y rompiese trinchera y muralla,
hiciese explotar nuestro mundo seguro,
o en la sangre, socavando,
la nostalgia reordenase fluir y vida -

y nos abriese la boca - aún - el grito,
el grito inmenso arrancado a las entrañas,
el grito ahora por cierto humano:
cómo iría la noticia golpeando oídos,
este relato, hacia adelante, doblando rodillas,
poderoso y vital.

XI

Dime
¿hay algo que no sea - para el corazón - ejercicio,
que no apunte a un más, a un hacia-adelante,
a un madurar,
pasando por el centro de nosotros?

Queremos descansar. Dejarnos estar
y que nada tenga relación o crezca o signifique.
Una brisa, un viento, un agua.

Un despertar a nada,
a una felicidad de verdad, de luz,
de estar y vivir - .

Y en este espacio sin tiempo ser.

Pero, más tarde,
aceptar también el reflejo, la imagen, la voz,
que blanco y negro valgan juntos el valor del entero
y dé lo mismo el lugar y la vía,
inmersos en la libertad de todo esto posible,

con o sin, hacia o desde,
suavemente palpitando
el pulso maduro de esta indecible paz,
suavemente palpitando el ritmo de la vida.

XII

Observé el tejido,
cariñosamente acaricié la planicie,
dejé ir mis dedos, que palparan y sean felices,
olí, escuché,
descansé mis párpados contra su aspereza honrada
y me recliné -
sintiendo que era casi como la vida
- cuando es -
y nos sorprende su textura maravillosa.

Entonces es una manta puesta sobre la tierra
la vida, una manta querida -
que quien quiera se envuelva en ella
y cruce el año con el paño indecible.

De miles de nudos hicieron su blanda extensión,
nudos tomados el uno en el otro
por el hilo infinito, doblados y retomados,
que cada uno sea imagen y sentido,
reflejo del entero,
y alineados como sorbos de agua
en el transcurso de la existencia,
valgan, sin embargo, simultáneos,
como superficie y bendición,
como la amplitud que se nos da.

El corazón no puede.
De nudo en nudo va lento,
como un niño que aprende y no quiere palabras,
involucrado, serio,
madurando la ajena, la propia realidad,
cada vuelta toda la vuelta.

(Y alguien, si indicase el tejido completo,
cómo se frustraría ante la respuesta ingenua:
no puedo, no sé.)

Pero a veces trae un aire la intuición

que más allá del nudo, del otro, de otros más,
se comporta ancha y blanda la otra imagen,
la más adulta, la manta exquisita.

XIII

Yaces de espalda, apenas cubierto,
y duermes blandamente la hora de la siesta.
Te rodea un ámbito de clara ternura,
de afirmación, de inicio y fuerza -
y así como me acerco
me convence tu sueño de tu grandioso estar,
chico tú,
la manito semiabierta y las cejas trazadas, limpias,
que con lo mío, con lo propio, qué sé hacer.

Tu ropa,
cómo la dejaste botada y sin ver,
que yo estire y ordene,
tus zapatos que reúno y recojo,
tus juguetes,
ahora dispuestos sobre mesa y estante
para que despierto
busques de nuevo experiencia y expresión
a tu corazón vivaz.

Anhelo ser te servicial,
ahogarme en la felicidad
de ser para ti estímulo, apoyo y libertad,
gastarme y en lo que pierdo
verte aumentado y más cerca
de aquello que nos es.

Respiras y duermes.

(Eres una ola en el centro del mar,
apenas avanzando, imperceptible,
hacia la costa de tu propia renovación.)

Y te veo y quiero ser nadie,
darte lo mío, disminuir y soltar
por que tú tomes y crezcas
y seas más luego y más profundo
más tú mismo, más veraz.

Que en mí lo más fue tarde,

fue cierto en contra de mí
y yo no entendía.

Deambulo y te quiero servir.
Cuidar tu sueño infantil,
abrir hacia más lejos espacio para tu vida,
o cuando vuelvas de jugar
tenerte aromas de pan, de leche
o también de naranja,
que elijas, gustoso, lo que quieras.

Precioso tú,
durmiendo, respirando,
cálido y blando.

XIV

Tuve tiempo
y ahora vuelco la mirada atrás, contra el torrente,
hago espacio, que se exprese pregunta o queja,
y yo me concentro, suspirando, palpitando,
si hay palabras.

Contra la niñez, antaño,
cuando quise jugar, pero no,
o algún objeto que cayó
y quebrado presagió el futuro;
cuando me amaban, creía,
o me obligaban y yo decía no,
decía quiero allá adentro,
adentro aquí de mí, decir,
decir con mis manos infantiles,
o mostrar lo que a mí
se me mostraba.

Contra trabajo o gente,
el ir del mundo
y sus sistemas del odio irrepetible.

Contra estrella y valle
- estas delicias del alma -
en su verdad incuestionable,
o una piel amorosa,
un gesto fuerte, tierno,
y caiga la balanza a este lado

y nada más la levante.

Tiempo y corriente, agua y flujo -
este es el paisaje que conoce mi corazón,
los revuelos en la orilla, freno
y ya, veloz y llevado, no más aquí.

O hacia adelante, por encima del torrente,
hacia adelante, hacia lo lejos,
los frutos de la confianza,
el decir en la intimidad,
los niños de la primavera humana,
tal vez que alguno de los nuestros aún los vea,
a ellos, los felices, tranquilos, veraces.

Los bosques oscuros y llenos de rocío
sosteniendo aún las costumbres vitales
que enlazan aire, roca y agua -
o un animal, uno nuevo,
una brisa y, en el aire fresco,
suave, la sonrisa humana.

No elegí el tiempo, el ritmo, el cambio eterno.
Soy sido, despierto, atento,
que a veces engendre, permita, libere.

Y ahora mismo, cruzado en el río,
casi aún nadando, casi por nadar,
la mirada del autorretrato
dirigida hasta el fondo de mí,
de este animal atareado, cansado,
a quien un amarillo del alma, un amarillo feliz,
arroja gustoso contra cansancio y tarea,
contra el reinicio de todo lo perdible,
contra lo difícil,
que triunfe su luz clara, querida, entusiasmada - :

y ver

si también los otros colores se avienen al entero,
así como se atreven a salir y tirar su propia emoción
sobre la faz pintable -
si hay, desde el torrente,
un sonido ronco que sostenga vida y reflejo
de mi conciencia incompleta -

si en el trasfondo se distinguen aún
- congruentes -
las señas de lo que aquí adelante

tan fácil se percibe -

si es válida la imagen
así como participa de velocidad y dirección
pero ahora se deja observar - .

Ver -
sabiendo íntimamente que todo es expresión,
luz, gesto, palabra o silencio.